

La estrategia del Papa para el tercer milenio

En el inicio del tercer milenio nos encontramos en un mundo globalizado y tecnológico, con muchas posibilidades, pero también con acuciantes y dolorosos problemas. Hacen falta creatividad y audacia para revitalizar el perenne mensaje cristiano. Estamos ante una nueva era, en la que los laicos, en virtud de su propia vocación, juegan un papel protagonista

En no pocas ocasiones, autores de *management* han hecho notar que la Iglesia Católica es la corporación más antigua de Occidente y una organización global que se extiende de un extremo a otro de la Tierra. No les falta razón, pero la Iglesia no puede comprenderse bien sin la perspectiva de la fe y el elemento divino que alienta su quehacer humano. Como todas las organizaciones serias, tiene también su estrategia y sus planes de acción, aunque sus contenidos son muy distintos de los que presentan otras organizaciones, ya sean culturales, políticas, mercantiles o humanitarias.

Como otras corporaciones, al empezar el nuevo siglo y el tercer milenio, el Papa ha presentado su visión y estrategia, junto a un plan de acción concreto. Lo ha hecho en un documento perdurable: la Carta Apostólica «Novo Millenio Ineunte», esto es, al empezar el nuevo milenio (NMI, a partir de ahora).

No levantemos falsas expectativas. La estrategia del Papa es el perenne mensaje cristiano presentado con toda su fuerza y atractivo. Explícitamente, en el capítulo III, el Papa señala que «no se trata de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar». Pero, al mismo tiempo, presenta unos puntos clave entresacados de ese perenne programa que es Cristo mismo.

1. Empeñarse en la santidad personal

Como punto de partida, la santidad: «En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la santidad» (NMI 29). Eso puede



Domènec Melé

Profesor Ordinario, IESE, Departamento de Ética de la Empresa y Teología.
mele@iese.edu



www.ee-iese.com/84/afondo5.pdf
www.vatican.va

resultar sorprendente para muchos cristianos que siguen pensando en una religión de “mínimos”. Pero hay muchos otros que son cada vez más conscientes de que la santidad no es para privilegiados, sino que todos estamos llamados a seguir a Cristo en plenitud.

Ése ha sido el mensaje que, desde 1928, el Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei y de nuestra Universidad, ha difundido entre gente de todas las clases sociales. Ése es también uno de los puntos centrales del Concilio Vaticano II, que dedica un capítulo entero a la “llamada universal a la santidad”. En él se lee: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor» («Lumen Gentium», 40). Eso es, en definitiva, lo que pide Jesús a sus seguidores: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48).

En esta ocasión, el Papa recuerda que el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu. La consecuencia es esforzarse por seguir a Cristo de verdad: «Sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial» (NMI 29).

La llamada a la santidad es personal, y también lo es el modo de conseguirla. Sin embargo, la búsqueda de la santidad no es una labor solitaria. Nadie está solo. De aquí que el Papa añada: «...es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia» (NMI 31).

2. La oración: lugar de encuentro con Cristo

Estrechamente relacionada con la santidad está la oración. «Para esta pedagogía de la santidad –afirma el Romano Pontífice– es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración» (NMI 32). De nuevo puede sorprender a quienes piensen que hacer oración es cosa de curas, monjas y frailes. Pero orar no puede ser un privilegio de unos pocos. Oración es hablar con Dios, y Dios es Padre de todos.



El Papa se refiere a la oración en un sentido amplio y profundo. No se trata de una oración limitada a situaciones extremas ni orientada sólo a pedir favores, sino de oración en su sentido más pleno. «Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas “escuelas de oración”, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto» (NMI 33).

3. Recuperar el domingo

En muchos países de raigambre cristiana es un hecho que el domingo, el día del Señor, se va desvaneciendo en aras de la productividad y del consumismo. El Papa señala: «Es preciso insistir (...), dando un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu...» (NMI 34).

Está muy en línea con otro documento reciente, la «Dies Domini», en el que el Papa remarcaba el valor cristiano del domingo. Él mismo, junto con los demás Pastores de la Iglesia, insiste en defender el domingo como día no laboral y, sobre todo, en la participación en la Santa Misa cada domingo: «... para que la participación en la Eucaristía sea, para cada bautizado, el centro del domingo» (NMI 35).

4. El sacramento de la reconciliación

El sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación ha de ser redescubierto y practicado como un gran don de Dios. La falta de sentido de pecado, el menor aprecio por la misericordia de Dios, junto a ciertas teorías o prácticas poco fundamentadas, han hecho disminuir el aprecio de este sacramento.

El Papa hace considerar la importancia de recuperar la estima por la Confesión y de acercarse a este sacramento para recibir el perdón de Dios, purificarse y seguir adelante. En este sacramento –recuerda el Papa– hay que «descubrir a Cristo, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Éste es el rostro de Cristo que conviene hacer descubrir también a través del sacramento de la penitencia» (NMI 37).

Una tarea de todos

El Papa subraya el papel de los laicos en esta tarea que, como ya señaló el Concilio Vaticano II, deben asumirla sin apartarse de sus quehaceres diarios y sin olvidarse de sus semejantes. «Obviamente, todo esto tiene que realizarse con un estilo específicamente cristiano: deben ser sobre todo los laicos, en virtud de su propia vocación, quienes se hagan presentes en estas tareas, sin ceder nunca a la tentación de reducir las comunidades cristianas a agencias sociales. En particular, la relación con la sociedad civil tendrá que configurarse de tal modo que respete la autonomía y las competencias de esta última, según las enseñanzas propuestas por la doctrina social de la Iglesia.»

Ante la actitud de algunos que consideran que Dios perdona sin necesidad de acudir al sacramento, el Papa recuerda que el sacramento de la Penitencia «es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo» (NMI 37).

5. Contar con la ayuda de Dios

Juan Pablo II recuerda la necesidad de contar con la ayuda divina como algo primordial, ya que sin Cristo «no podemos hacer nada» (cf. Jn 15,5). En este sentido, señala la primacía de la gracia de Dios como una consecuencia de buscar y vivir en la verdad. «La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad» (NMI 38).

PUBLICIDAD

pág. 42



«Es la hora de una nueva "imaginación de la caridad", que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.»

En otras palabras, hay que hacer mucho, pero tomando como base la oración y la vida espiritual: «Trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia» (NMI 38).

6. El evangelio, fuente de sabiduría

En relación con lo anterior surge la necesidad de escuchar y nutrirse con la palabra de Dios. A este respecto, el Papa señala: «No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la palabra de Dios (...) Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital (...) la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia» (NMI 39). Esto lleva a pensar en la importancia de conocer y mejorar los contenidos de las enseñanzas cristianas y, en definitiva, de dar gran importancia a la formación en las materias relativas a la fe.

7. Audacia apostólica

Todo lo anterior exige una adecuada proyección externa mediante la caridad, a la que el Papa dedica el capítulo IV de la NMI, y un apostolado audaz que pretende dar a conocer a Jesucristo y animar a otras personas a seguirle: «He repetido muchas veces en estos años la "llamada" a la nueva evangelización. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés». En realidad, «quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo» (NMI 40).

Al comenzar el nuevo milenio, la situación se hace muy apremiante: «El compromiso de la evangelización es, indudablemente, una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio (...) Hoy se debe afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza» (NMI 40). El Papa impulsa una nueva «acción misionera que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios» (NMI 40).

El desafío de la globalización

Los avances técnicos y científicos deben estimular al hombre a enfrentarse con empeño a la pobreza de millones de personas

«Si faltara la caridad, todo sería inútil», nos recuerda el Papa Juan Pablo II. A lo largo del capítulo IV de la Carta, titulada «Testigos del Amor», señala cómo debe vivirse la vida cristiana, cómo poner en práctica el "plan de acción" marcado en el capítulo anterior.

Se podría resumir en una palabra: caridad, es decir, amor al prójimo, comunión, caridad fraterna con todos, cristianos y no cristianos.

Y los más necesitados tienen derecho preferente a recibir esa caridad. En el inicio del tercer milenio, nos recuerda el Papa, nos encontramos en un mundo globalizado y tecnológico habitado por millones de personas sumidas en la pobreza, un mundo que sufre graves infracciones de los derechos humanos, un mundo en el que se producen graves atentados contra la vida humana y el equilibrio ecológico: problemas acuciantes y dolorosos. Juan Pablo II pide a los cristianos que se enfrenten a estos problemas con decisión y empeño.